

"DOS TIPOS DUROS"

"Dos tipos duros" cuenta las aventuras de un par de vejetes que salen de la cárcel después de 30 años cumpliendo una condena por asalto al ferrocarril. Claro que los vejetes no son cualquiera, sino dos mitos vivientes del cine: Burt Lancaster y Kirk Douglas. Ambos aportan su clase, su humor y su desplante incomparable, a una historia que prometía muchos, pero que cayó en manos de un director incompetente, que estuvo a punto de transformarla en una lata completa. Se salva por algunas situaciones llenas de ternura (Lancaster cenando y bailando en un viejo restaurant con un amor de otrora), ciertos toques de distinción (la vestimenta de Douglas), un par de diálogos, la presencia siempre emotiva de los dos viejos actores en plena forma.

Divertida a ratos, desperdicia la oportunidad de explorar un poco más profundamente en ese mundo perdido de los gansgters de película, para introducir lugares comunes de humorismo televisivo que poco aportan. Parece que al director le hubiera preocupado más contar los minutos en cuadro de cada actor, y así no tener líos con abogados, representantes, esposas de turno, y todo el resto de los parásitos que viven de los grandes actores.

Lo mejor lo aporta, sin embargo, otro comediante. Los viejos ladrones ni se lo sospecharon, pero el genial Eli Wallach, otro veterano amado por los cinéfilos (¿quién podría olvidar a ese truculento "feo" de "El bueno, el malo y el feo"?), les robó la película, como el ridículo asesino a sueldo, miope y mal hablado, que los persigue para cumplir su misión de matarlos, confiada 30 años atrás. A él se deben los mejores parlamentos, las escenas realmente divertidas y la caracterización más estrafalaria.

Para los tres viejos queridos: gracias. Se merecían algo mejor, pero... todavía hay cuerda. J.L.



Nelson Brodt: "Páramo"

● *Imaginativa versión teatral para la obra de Juan Rulfo en el Teatro Cámara Negra.*

Ha hecho bien Nelson Brodt negándose a trasponer cada episodio de la novela de Juan Rulfo, "Pedro Páramo", a la trama de su versión escénica de la misma obra, que se representa en el escenario del Teatro Cámara Negra. Es una pretensión ilusoria que sólo conduce a la decepción, sostener que la adaptación teatral de una novela debe sustituir la obra original. La obra de arte es una totalidad que se distingue por su peculiar manera de organizar sus partes, y así como la alteración de las facciones cambia la fisonomía de su rostro, la obra muda de sentido si cambian sus partes. Cada una de las diversas artes emplea distintos elementos y tiene su propia retórica; y no se pueden reemplazar las palabras o los "fonemas" por imágenes equivalentes en sonoridad y sentido, sin modificar de ese modo, las carac-

terísticas existenciales que individualizan un género artístico.

Ciertamente, desde que estrenara "Eréndira" de García Márquez, Brodt ha demostrado su interés por tratar dramáticamente los inigualables temas de la literatura hispanoamericana desde una perspectiva teatral renovada. De esta manera, la narración de Rulfo se plasma sobre la escena en figuras plásticas, en movimientos de grupos, en frases dolorosas, en pregones, en farfalleo delirante que responde a un coro de pálidas figuras que danzan. Se reconocen pasajes claves de la novela en los breves diálogos y en los rítmicos discursos corales. La coreografía resume, como en el "ballet" de acción, algunos de los momentos culminantes de la trama. La historia de Pedro Páramo; cacique enraizado en el latifundio americano, torturado por ensueños eróticos insatis-

fechos y por el triste destino de Susana San Juan, atrincherada en el reino de la locura; ha sido recogida sintéticamente, en un núcleo semántico más pertinente y de mayor vigencia.

El demagógico oportunismo del hacendado frente al grupo revolucionario de guerrilleros, refleja inequívocos rasgos de nuestra realidad social. En su tendencia a conjugar los valores dramáticos con valores plásticos, se adivina en Brodt la influencia de Artaud, que se liga, en consecuencia a una estética que guarda una estrecha relación con el teatro asiático. Mejor dicho: con el teatro japonés, que a partir del "saragaku" originario floreció con el "No", para popularizarse en el "kabuki" operístico. Allí se reunían, la danza, la música y el canto, para expresar a través de un diálogo poético —equivalente ampliado del "haiku" epigramático— un pensamiento profundo, sintetizado en imágenes grávidas en resonancias.

"Páramo", más que suplir la lectura de la novela, incita a penetrar en la ubérrima prosa del autor; "convinciente y poético", según lo describiera con justicia García Márquez, al referirse elogiosamente a Juan Rulfo.

Como corresponde a un genuino trabajo artístico, el montaje ha sido cuidadoso, y tanto el director (N. Brodt) como el elenco, han conseguido una feliz puesta en escena, imaginativa, creadora y digna de aplausos.

En el disciplinado conjunto destacan: Cecilia Hidalgo (Susana), por su frágil belleza, no exenta de un suave y cálido erotismo, junto a Jaime Wilson (P. Páramo), que interpreta su papel con vigor y contenido patetismo. Francisca Rosas y Fernanda Abarzúa crearon un vestuario imaginativo que resaltó pese al excesivo "tenebrismo" de la iluminación. Gastón Balthra realizó un buen trabajo coreográfico que, junto a la música "microtonal" (?) de Manuel Sepúlveda, enriqueció el espectáculo. ■

SERGIO PALACIOS